

LA ESENCIA PERDIDA



y de la flor que á la mañana pierde,
como el alma su amor y su inocencia,
del viento á la merced en pompa verde,
y á la del sol su delicada esencia!

¿Qué le importa que, alegres en su vuelo,
la acaricien las auras sonoras,
si no vendrán con fatigoso anhelo
su esencia á respirar las mariposas?

Y á qué fin de sus hojas primitivas
guardar un resto, si fingiendo quejas,
la esquivarán, pasando fugitivas,
cual hierba venenosa las abejas?

Serán desde hoy sus inodoras galas
fácil matiz de la campestre alfombra,
pudiendo deleitar, de las zagalas
la blanca faz, con su amorosa sombra.

No verá más entre la niebla umbría
las tiernas magas derramando amores,
cuando bajen, aromas y ambrosía
á beber en las copas de las flores.

¡Ay del arbusto que se eleva erguido
á impulsos de la blanda primavera,
y es el oprobio del jardín florido
quien para ser su galardón naciera!

¡Malhadada la flor que en vano lucha
por aromar la brisa murmurante,
y un tierno adiós de gratitud no escucha
cuando deja su sombra el caminante!

Si pierden los capullos su ambrosía,
como el alma su amor y su inocencia,
plácida flor de la esperanza mía,
no pierdas, no, tu delicada esencia.

Pasa la vida delirando amores,
perdida en la ilusión de una quimera;
la esencia son de las tempranas flores
las ilusiones de la edad primera.

Tiende, bien mío, de tu mente el vuelo,
no imites en tu curso á los que viles,
por no asaltar en su altivez el cielo,
usurpan su mansión á los reptiles.

Aires más puros con afán busquemos,
dejando el valle, en el alzado monte,
y embebecidos desde allí miremos
sin límites ni fin el horizonte.

El rojo sol que los espacios dora
hollemos con el vago pensamiento,
porque bien sé que un paraíso mora
tras el turquí del azulado viento.

Y sé también que por allí cargados
se columpian los céfiros de azares,
que son los yermos deliciosos prados,
y lagunas pacíficas los mares.

Ni un áspid me contaron que se asoma
por entre el musgo de las lindas flores;
tiende allí el vuelo la gentil paloma
sin que tuerzan su curso los azores.

La Madre de los ángeles inflama
el corazón de amores más exento,
y hay un Pastor que á los apriscos llama
las pérdidas ovejas con su acento.

Traspongamos los céfiros suaves,
pues sigue á los osados la fortuna,
que el águila es la reina de las aves
porque vuela más alto que ninguna.

Y cuando el mundo sin pesar dejemos,
por si algunos lamentan nuestra huida,
en pago de su amor les legaremos
el llanto que se vierte á la partida.



AYES DEL ALMA

¡Italia!... ¡Italia!... á tu angustiado seno
vuelve ya la deidad de ti adorada:
la trajo el iris, y la lanza el trueno,
cual hoja seca de aquilón llevada.
(JUAN DONOSO CORTÉS.)

ODA

Lleva en paz esa nave,
aura gentil que hacia el Oriente vuelas;
que nunca en pompa grave
á tu influjo suave
otra más rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,
de Italia en las regiones apartadas
señalando su puerto,
por estas que ahora vierto
lágrimas tristes de rencor preñadas.

Adiós, Reina querida;
si al ronco son del huracán que zumba
te abre la mar guarida,
yendo de muerte herida
feliz serás en encontrar la tumba.

¿Por qué doliente mides
con esos ojos, que la paz vertían,
la tierra que despides?
¿Quién sostendrá las vides
que al dulce arrimo de tu amor crecían?

¿Por qué con pecho fiero
da á sus hijos la tórtola por padre
al infiel balletero
que amagó carnicero
la blanca sien de la inocente madre?

Y tú, pueblo aguerrido
que la proscribes con ardor bizarro,
recuerda cuando uncido,
como alazán vendido,
llevarte pudo á su triunfante carro.

Si dejaste beodo
la regia frente de baldón sellada,
nunca el imperio godo
debió ver por el lodo
de una mujer la dignidad ajada.

Aparta, infiel alano,
que osaste profanar con ira insana
de tu dueño la mano;
hoy te alzas soberano,
y un vil rufián te azotará mañana.

No apagues insolente
mi voz, porque la mísera fortuna
de una madre lamente,
que sofocó valiente
las sierpes que me ahogaban en la cuna.

En buen hora con saña
solemnices en órgia placentera
tu criminal hazaña:
¡gloria al león de España,
que el pecho hirió de una infeliz cordera!

Engríe tus pendones
agobiados de bélicas coronas:
quien venció Napoleones,
añada á sus blasones
la baja prez de proscribir matronas.

Y en tanto que serena
ría la mar, ó que sus senos abra,
aduérmete sin pena

al bronco son que atruena
del yunque atroz que tus cadenas labra.

¡Ya abandonó á Castilla!!
Cantad, hijos del Cid, la alta victoria;
en mí fuera mancilla,
magüer que cual Padilla
me agito en sed de libertad y gloria.

AL REGRESO DE S. M. LA REINA DOÑA MARIA CRISTINA



Oda

A torna la que, viéndose ultrajada
por enemigo bando,
de Valencia en las costas, irritada,
la corona abdicó de San Fernando.

¡Digna Reina del pueblo que, algún día
con su indomable tropa,
el mundo entero á prosternar salía
desde un rincón de la asombrada Europa!

Llegad por fin donde, en amor iguales,
ya os miran embebidos,
como signo de honor, vuestros parciales;
cual bandera de paz, vuestros vencidos.

Mostrad, para vengaros dignamente
de pasados agravios,
señales de perdón en vuestra frente,
palabras de piedad en vuestros labios.

Los que hoy al «benediros» os miran,
de vos «benditos» sean:
pues «¡madre!» os llaman cuantos hoy os miran,
«¡hijos!» tan sólo vuestros ojos vean.

No piden sangre, no, las nobles almas
de muertos defensores;
el mártir de una Reina exige palmas;
el héroe de una dama exige flores.

Con harta gloria ha de contar su suerte
la venidera historia,
que si es, lidiar por vos, buscar la muerte,
morir por vos es alcanzar la gloria.

Y aunque vengar vuestra altivez quisiera
su inútil osadía,
¿qué existencia sus vidas redimiera,
ni cuál sangre su sangre expiaría?

A cuantos hoy con bárbaros enojos
conciten vuestra saña,
eternamente á sus voraces ojos
su lumbre les esquive el sol de España.

Sed, cual fueron en bélicas edades
los grandes corazones:
fuente de amor para manar bondades;
tumba inmortal para enterrar baldones.

Que no hay gloria en el mundo más cumplida
que ser, cual vos, Señora,
el genio del orgullo, si vencida;
el ángel del perdón, si vencedora.



Á MIS AMIGOS

RUBÍ, DONCEL Y VALLADARES

Llegad, los que os es dado
el carro avasallar de la fortuna,
y asaltadlo mal grado,
que pasa acelerado
el cerco amenazando de la luna.

La turba, que hormiguea
sobre él, acogotad, vengando el dolo.
Lanzada al orco sea
esa imbécil ralea
de tantos grandes en el nombre solo.

A la eminencia suma
trepad, lanzando en oblación cruenta
el tropel que la abruma,
y que viste de pluma,
del topo vil para ocultar la afrenta.

Caigan, pese á su lloro,
del pedestal do sin pudor subieron
las hembras sin decoro
que alas calzaron de oro,
y su virtud por escalón pusieron.

Abajo esos tribunos,
torpes ministros del doloso fraude,
que de su mal ayunos,
adulan importunos
al populacho vil que aullando aplaude.

A mí despedazada
de tantos héroes la corona baje,
antes que enmarañada
como prenda usurpada
del bosque quede entre el gentil ramaje.

Del carro desprendido
encima echad la ponderosa mole
sobre ese pueblo erguido,
que imita conmovido
con hondo afán la condenada prole.

Marquen esos caballos,
fogosos siervos de la suerte impía,
con sus herrados callos,
á los que, cual vasallos,
con riendas de oro á su placer los guía.

Seguidlos arrojando
al seno de las sucias polvaredas;
y ora el carro ciando,
ora presto arrancando,
magullen siempre al criminal sus ruedas.

Sienta esa chusma osada
que en él subir á la maldad le plugo,
que del vicio hostigada,
tinta en sangre la espada,
ya la virtud se convirtió en verdugo.

Caigan en son horrendo
del desierto las cálidas arenas
con sangre humedeciendo,
hastío y pasto siendo
de hambrientos lobos y de ahitadas hienas.

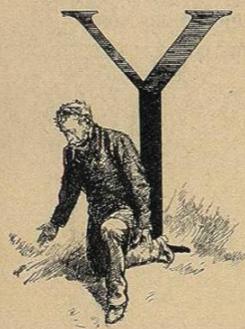
Bajad con vituperio,
viciosos monstruos de infernal ralea;
ya cayó vuestro imperio,
que, orlando el hemisferio,
el pabellón de la justicia ondea.



LA CONFESION

Y yo abismado en tanta maravilla,
con miedo reverente
ceso, y humilde inclino la rodilla,
y la devota frente.

MELENDEZ.



Y a el manso indócil, que en su error seguía
con inútil empeño,
torna á buscar la sal que le ofrecía
la mano de su dueño.

De la virtud abandoné gozoso
el aterido llano,
porque otro el gusto me enseñó frondoso
á la siniestra mano.

En él probó con algazara loca
ámbares mi sentido,
ricos panales mi sedienta boca,
y sirenas mi oído.

Piloto audaz con la inocencia mía
por exclusivo amparo,
torpe esquivé la soberana guía
del eminente faro.

Cuantas hollé risueñas á la entrada
alamedas, y llanos,
trocáronse, al volver de la jornada,
en inmundos pantanos.

Adonde el soto me forjé más bello,
me hirieron los abrojos;
las zarzas, arrancándome el cabello,
me azotaron los ojos.

Jamás calmé, por aliviar las mías,
las desdichas ajenas:
siempre faltaron á mis ojos días
para llorar mis penas.

Al poderoso sorprendí comprando
la inocencia con oro,
mas yo vengué su iniquidad, entrando
á saco su tesoro.

Mi triste corazón hirió atrevido
el brazo del más fuerte,
y el dardo asiendo de mi pecho herido,
dí al contrario la muerte.

Pequé, Señor, porque amagaron fieros
la sangre de mis venas;
dadme el perdón, ó no apastéis corderos
adonde nacen hienas.

Hoy para siempre á vuestros pies se agotan
las furias de mi pecho,
pues ya agolpadas á mis ojos brotan
como volcán deshecho.

Feliz, si á mis errores juveniles
vuestra piedad alcanza:
¡bien la merece el que á los veinte abriles
ya perdió la esperanza!

A la virtud consagraré holocaustos,
y desde hoy, Padre mío,
esquivaré los mundanales faustos,
como la cumbre el río.